

medio de los cohetazos y de los repiques y de los gritos de gusto, que nos dicen que Márquez llega y que llega furioso y decidido á no dejar un colorado para hacer el relato... Nosotros, como dice el dicho, estábamos con un ojo al plato y otro al garabato: mientras recibíamos los abrazos y los besos y los parabienes, teníamos los caballos del diestro desenfrenados y con los cinchos sueltos, pero en menos que se los digo echamos las bridas, pegamos el brinco y á darle... Como traíamos copitas en la panza, llegamos con unos bríos que ni les diga: ciento cincuenta de los del Leopardo se quedaron en el suelo después del agarrón, y la tropa de los mochos que era de lo que había mejor, se retiró en orden, pero tan adolorida como escarmentada: cuando llegamos á Zitácuaro estaban todavía intactas las copas que nos habían servido y pudimos acabar los abrazos que habíamos empezado...

Aplaudieron los chinacos como si hubieran oído referir las proezas de los Nueve de la Fama, y uno me preguntó con sorna:

- ¿Cómo te quedó ese ojo, gabacho?
- ¿Qué dices de eso, güero?
- ¿Será capaz tu mariscal Bazaine de hacer eso?
- ¿Qué te parece?
- Que es maravilloso.
- Y lo bueno que Nicolás no es lo único.

- Hay quimiles como él.
- De á pilas.
- De á montones.
- Como maíz.
- Ahí está Luis Maló.
- Y Vicente Martínez.
- Y Aureliano.
- Y tantos...
- Ese Vicente es planchao.
- Como naiden.

— Es el rey del Pedregal: una vez que estaba muerto de cansancio, le pidió á un frailecito del convento del Carmen que le diera un rinconcito para retirarse á gusto. El fraile le dijo que sí, que con mucho gusto, que esto y que lo otro, que fué y que vino... ¿Qué hace el maldito? Ir á dar pitazo á San Angel y pedir albricias por la ganga que tenía asegurada. Entra un sargento francés á la celda de Vicente, le coge por la chaqueta, le zarandea insultándole, y cuando cree tenerle más seguro, el maldito guerrillero deja la chaqueta en manos del gabacho, se escabulla, brinca por la ventana, cae en su amado Pedregal y ni el polvo le ven. Luego vinieron los tiros, el ensillar caballos, el emprender una batida y volver desconsolados: Vicente se había vuelto peña, porque ni sombra de él...

Rieron todos de la astucia del chinaco, y el que hablaba, que de seguro podía alardear de mayores recursos ora-

torios que los demás, siguió contando con asombro de todo el mundo:

— Ustedes conocen al Ajusco, ¿verdá? Antes de subir á lo más alto del cerro ¿no hay algo así como una arruga, como un gesto del volcán? Parece como si hubieran rebanado un pedazo con un cuchillo muy filoso; como si se hubiera hecho en la peña esa culebrillita con que los maestros de escuela pintan la raíz cuadrada ó no sé qué chisme de enseñanza... Allí, en esa abertura, tenía su campamento Martínez, y así se llama todavía aquello el campamento de Martínez. Pues, señor, que una vez, hartos los mochos de que les pegaran del duro, dispusieron una batida en forma: Lamadrid había de ir de Cuernavaca, de Toluca Feliciano Rodríguez y de México no sé qué jefe francés: por todo dos mil quinientos hombres de buena tropa... Vicente, que tenía doscientos cincuenta lanceros, se rió de la noticia: salió á toda carrera, y, aprovechándose de su posición, de aquellas barrancas, de aquellas peñas, de aquellos arroyos que conoce como nadie, les dió una correteada horrible á los del francés, que volvieron á México diciendo: ¡miren qué caso!... Lo mismo volvieron á Cuernavaca Feliciano y Paulino...

— ¿Y dónde está Vicente?

— Ya anda otra vez en sus bebederos, en su amado valle de México.

— Pos ¿por qué se había retirado?

— ¡Friolera! porque le cogieron con las armas en la mano y la famosa corte marcial le sentenció á ir á Yucatán... Desde allá se ha venido...

— ¿Desde Yucatán?

— Desde Mérida, puntualmente acaba de llegar á Tlálpam.

— ¡Qué barbaridad!

— Sí, ¡qué barbaridad, andar tantos cientos de leguas, pasar tantos ríos crecidos, tener que esconderse de tantos enemigos, tener que batallar hasta con el idioma!

— ¿Con el idioma?

— ¿Pero no es Yucatán parte de México?

— Claro que sí, pero los indios hablan maya.

— Vamos, sí, el tarasco de allá.

— *Áixcale...*

Siguieron refiriéndose proezas de guerrilleros; mas yo, que tenía más ganas de dormir que de oír hazañas, me eché en el suelo y descabecé un sueñecito reparador, uno de los pocos que echaba desde que tuve la mala idea de meterme á diablo predicador.

Romero me había cogido ley y no desperdiciaba coyuntura de demostrarme su buena voluntad.

— No tiene la culpa, decía; ha venido engañado. ¡Pobre muchacho! ¿Qué sabía él de México, ni de imperio, ni de nada? Y luego, ¡quién sabe si tenga padres!...

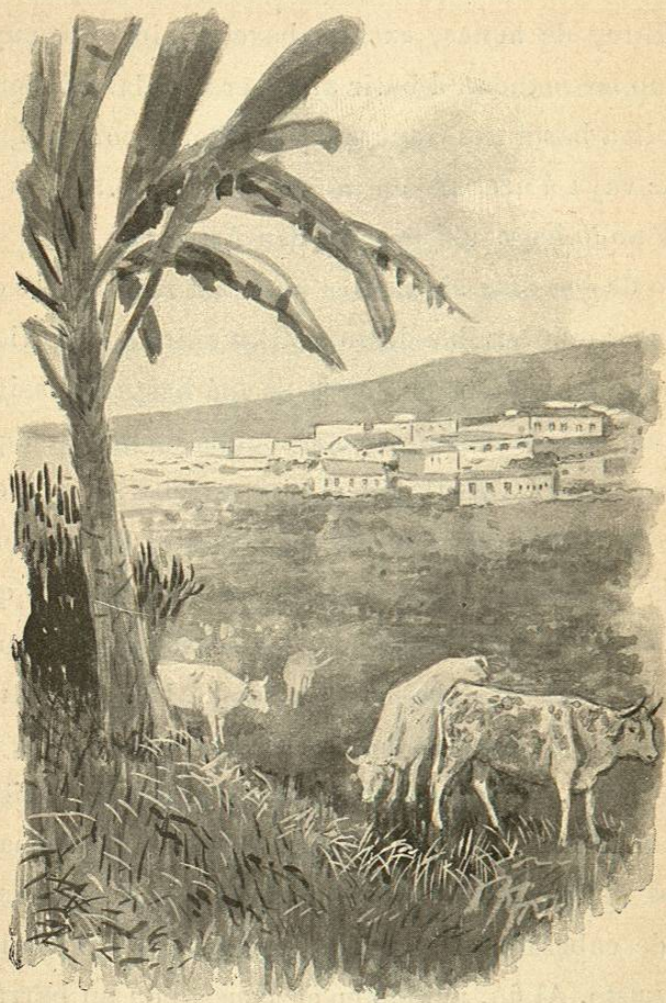
Naturalmente, yo tampoco dejaba pasar ocasión de

hacerme digna de la compasión del jefe, y siempre que venía á cuento le lanzaba unas bolas tremendas acerca de mi historia anterior.

— Estoy de malas, exclamaba con aire preocupado; pues ¿no me mandan á batir al general Salazar? Como si no hubiera bastantes franceses y traidores por aquí, quieren que vaya á acabar con un jefe mexicano... Pues no lo hago y no lo hago, así se enoje San Arteaga.

Uno de los días siguientes al de mi rescate, les causó un francés una terrible derrota á los chinacos, y Nicolás, en compañía de todos los suyos, se fué hasta Papasindan, que es uno de los ranchos más ocultos de los de aquella inmensa serranía. Al llegar allá, el terreno se vuelve más quebrado y más rebelde que en el resto del camino: el lomerío se levanta como si fuera un mar agitado que se hubiera vuelto de piedra en el momento en que con mayor violencia se alzaba hasta el cielo. Una multitud de pedregales que parecen desde lejos trompas, lomos, vientres y patas de animales antediluvianos, se extienden como una de esas teorías de paquidermos que adornan los templos indios. Nicolás iba triste, yo tenía un tremendo dolor de cabeza y el resto de la comitiva no caminaba más á gusto. Al fin, metido en el recuesto de un barranco, como si fuera uno de esos paisajes hechos de raíz de camalote que las muchachas de escuela metían antaño dentro de un cascarón de nuez, apareció Papasindan con sus ca-

sitas blancas, con sus ganados mugidores, con sus rancheros bondadosos y con sus campos verdes y llenos de primor.



A la mañana siguiente había herradero, y Nicolás, que gustaba con delicia de todos los ejercicios de los *campiranos*, depuso el ceño, se *alacranó* el sombrero, *raspó* el ca-

ballo y entró al rancho entre el tropel de charros festivos y locuaces. Todavía no era la hora del alba cuando Nicolás ya estaba en pie; le habían destinado, como autoridad que era, un sitio en el tablado en que estaban el dueño de la finca con su familia, el capellán y algunos convidados de los alrededores, personas graves y que ya no podían por sus años y sus vientres lucir sus arrestos entre aquel ilustre senado. Vino primero el *alabado viejo*, que entonaron todos los rancheros con los sombreros en las manos y con el aire de recogimiento que la gente de campo pone en sus devociones. Siguió el desayuno, rico y apetitoso, compuesto de tamales, *porole*, atoles de muchos matices y sabores y tragos de mezcal para los que necesitan matar el gusanillo.

Nicolás estaba ya de temple, no sé si por el aguardiente que había bebido ó por el espectáculo de aquella mañana que parecía de porcelana delicadísima, tan vaga y tan esfumada era.

—Andale, gabacho, me decía contento el jefe; métele á los tamalitos, que están de dar gracias á Dios... *Alabado sea Jesús... Alabada sea María*, tarareaba con el vaso en la mano y bebiendo *fajos* del rasposo Tuxcacuesco... No más no comas de los de chile, porque te amuelas; te pasa lo que le sucedió con el mole á S. M. el Emperador... ¿No lo saben? Pues es chistoso: van á ver... ¿Este muchacho? dijo contestando á un sujeto que de seguro le preguntaba por

mí: es un belga que cogimos en la persecución... ¿de quién? ¿de quién? ¡Ah! sí, de Amancio, no, de Lanuza... Es belga, como les dicen á estos pastorcitos que ha traído el austriaco... Es buen muchacho aunque parece algo amujerado. Es necesario que te enseñes á todo, hijo: el hombre debe oler á vino, á pólvora y á tabaco, no á agua de Colonia... ¿O no, compadre? ¡Ah, que mi compadre tan hombre! usté sí que es parejo y no tarugadas... Pero mire, ya van saliendo los becerros... ¡Ah, qué animal tan chulo aquel prieto!... ¡y el granizo es también de lo fino!... Mire no más la ternerita baya, primorosa. Ahora está muy bien el ganado, don Martín... ¡Chula, chula la becerrada; no es ningún baile de arpas!

— Don Nicolás, ¿qué no echa una cola?

— ¡Cómo no, amigo, ser mi cuerda y no tocarla!...

Ya le tenían dispuesto el caballo, un prieto lindísimo. Montó á toda prisa, bebió de un sorbo el vaso de mezcal, se limpió el bigotillo con la manga de la chaqueta y dijo á una señora que le ofrecía agua:

— Que beban agua los bueyes que tienen el cuero duro.

Yo no siento la poesía del campo, así es que apenas se alejó Nicolás me bajé del tablado y entré á la casa.

Cuando regresaron los coleadores después de comer y beber á qué quieres boca, ya estaba buena de mi dolor de cabeza y pude recibirles con el aire alegre de siempre. Apenas obscureció y se encendieron las luces del tejabán

de la hacienda, la gran arpa, el guitarrón y la vihuela convocaron á los bailadores á la tarima que se había puesto en buen lugar á fin de que la maceraran y golpetearan de lo lindo con los enormes zapatones claveteados.

— Vas á echar un palomo, gabacho.

— Andale, Van Haens, me dijo Romero pronunciando detestablemente mi postizo apellido; ándale, que ora te luces en el *jarabazo*...

Rompió la música con un *espinado* y rompió también la alegría de los circunstantes.

— ¡Ay, jay, jay!

— ¡Ujujuy!

— ¡Bien haiga lo bien parido!

— ¡El *agualulco*!...

— ¡Pésame la *trigueña*!

— ¡A ver la *limeta*!

— ¡Por la de usté, don Mateo!...

— ¡A la suya!...

— ¡Me bajó como un coro de ángeles!...

— ¡Jálele, pues!

— ¡Echese otro!...

— Pos con el permiso...

— ¡Endúlcelo!...

— ¡A la suya!...

— ¡Por la señora!...

— ¡Por la familia!...

— ¡Raspa el tequilita!...

— ¡No es tequila, es puro refino!

— ¡Caramba, pos con razón; pero la verdá esta padre!

— ¡De reconflais!

— ¡Acérquese, viejo!...

— Este no sabe más que de menear la *garrocha*.

— Es como la muerte de Apango.

— Ni chupa, ni bebe, ni va al fandango.

— Y tú, gringo (por mí), ¿por qué no te juntas? Entrale al desorden.

— No sé por qué le veo á éste cara de mujer.

— ¡Qué mujer va á ser, si es más hombre que!... ¿O no Vanaes? (sic). Déjenmelo á mí y verán cómo sale.

— Listo como él solo... Vaya... ¿A que dentro de un mes ya está de correr y parar?

— Antes.

— ¡Andale, franchute, cúidate que vas á resultar maestro!

— Entrale al *tuxca*.

— Sí, sí, que beba.

Uno de los chinacos limpió la boca de la botella con la manga y me la pasó con empeño. Haciendo de tripas corazón me la acerqué á los labios y la empiné con fuerza: un torrente de lumbre líquida me quemó los labios, el paladar, la garganta, el pecho y me bajó hasta el estómago haciendo horribles destrozos.

— Bueno, bueno; ahora otro.

— Déjelo; para abrir boca, está bueno.

— Van á ver si dentro de poco no les da cartilla.

— No me le enseñen á borracho, que es hijo de familia, dijo Nicolás apareciendo en aquel instante en el corro.

— Que se acostumbre.

— Que no se escandalice.

— ¡Viva, viva! gritaron en el grupo inmediato.

— Eso es bueno y no de cobre.

— ¡Bien haigan las de Taretán!

— Ojo al Cristo, que es de plata.

— Aquí va lo bueno.

— ¡Viva Macedonia López!

— ¡Vivan Macedonia y la madre que la echó al mundo!

— ¡Que vivan!



Todos esos encarecimientos iban dirigidos á una muchacha morena, bajita de cuerpo, chata, regordeta y peinada con unto de tuétano. Parece que la Macedonia era

la piedra de escándalo en todas aquellas rancherías y que cuando se presentaba en un fandango, boca abajo todo el mundo; nadie respiraba ni decía palabra. Era una celebridad tan fuera de discusión que todas las bailarinas abdicaban ante ella sus más legítimos fueros. Bailó Macedonia y cautivó á todo el mundo; pero cuando se levantó Nicolás y le *pidió una pieza*, aquello fué el delirio, el disloque, la admiración. Nicolás no era guapo, pero tenía en su persona no sé qué atractivo que le volvía irresistible.

— Van á ver lo que es cajeta, decía uno.

— A bailar no hay quién le gane.

— No más pela el tomate, gabacho.

— Y con esa compañera...

— Componte, Macedonia.

— *Palomo...*

— Música.

— Jarabe.

— Que él diga.

— ¿Qué tocan, Nicolás?

— Verso.

El coronel, que tenía en las manos la botella del *tuxca*, hizo seña para que se fijaran en la voz que cantaba una doliente valona:

México lucido
Donde está el Virrey...
Caballos tordillos,
Coches de carey...